

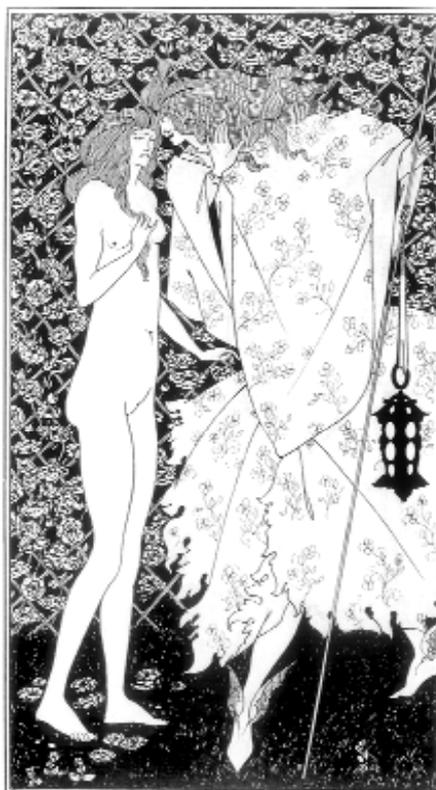
Del Ja-já a Sade a Cortázar

Guillermo Samperio

El miniaturista narrativo Guillermo Samperio nos presenta en este texto —que forma parte del volumen La guerra oculta, de próxima edición en la editorial Lectorum— una muestra de su original oficio narrativo.

Las primeras impresiones eróticas que tuve en mi vida vinieron de una gitana adolescente que vi bañarse en una tina en su campamento a las orillas de la colonia Clavería. Me habían dicho que las húngaras eran malas, perversas, pero aquella visión del agua resbalando desde su cabello oscuro, sus cejas negras y su cuerpo casi transparente se quedó guardada, benéfica, en mis genitales. Así, sola, en su intimidad más radical y profunda, percibí inocente a la gitanita, desvalida, desde el tronco del pirul donde yo me escondía. Tiempo después, en una de tantas ocasiones que me fui de pinta al *Cine Río* del centro, dedicado a la proyección de películas pornográficas, al salir de la función matutina un señor estaba vendiendo fotos de mujeres desnudas en posiciones provocativas; eran tan malas las reproducciones que hubiera requerido una lupa para distinguir a las damas encueradas. Aunque las imágenes eran turbias, percibí por primera vez la lujuria en el cuerpo; eran lo prohibido, lo clandestino, el desmembramiento de mi moral católica.

Por entonces —años cincuenta— salía una revista de crucigramas y otros entretenimientos llamada *Ja-já*, en cuyas páginas se intercalaban dibujos a línea de mujeres desnudas, lo mejor de la revista. Fue mi com-



Beardsley, *The Mysterious Rose Garden*, 1895



Beardsley, *The Peacock Skirt*, 1894



Beardsley, *The Stomach Dance*, 1894

pañía inocente en mis primeros momentos de autoplacer; tan me impresionó aquella revistita que, con el tiempo, aprendí a dibujar y, quizás hasta finales de los ochenta, dibujé mujeres desnudas a línea. Al ir las viendo aparecer desde mi mano, como hijas de mi morbo, se despertaba un secreto erotismo en mi entrepierna.

Esta multiplicidad de sensaciones acumuladas, la gitanita, las fotos turbias hasta los perfectos desnudos del *Ja-já*, se reunieron la vez que, como a los quince años, leí *Justine* del Marqués de Sade, tal vez la primera Lolita. Aunque yo iba a la búsqueda exclusiva de lo más perverso, me encontré con un texto donde el erotismo cobró una dimensión estética, en especial porque las inevitables aventuras sexuales de Justine mantenían la virginidad de aquel cuerpo joven. Este libro es, quizás, el sueño realizado de lujuriosos como yo: tener en los brazos la belleza más exquisita, emputecerla en nuestras manos y salir incólumes ambos.

Lo he releído y sigue palpitante ante mis delirios; entiendo que Sade utiliza estas desventuras de la joven para ponernos en los ojos una clerical sociedad sucia, depravada, implacable, dueña de los valores más pútridos.

Otro libro que leí del Marqués fue *120 días de Sodoma y Gomorra*, pensando en que seguiría la línea de *Justine*. El aprendizaje que obtuve se acercó a lo extralimitado, hacia las consecuencias demoniacas, lo infrahumano; me provocó un rechazo existencial y la perfecta náusea, no

tanto porque me espantara o, me incomodara moralmente, sino porque rebasaba el erotismo que pude percibir aún en *Justine*. No volví a leerlo porque la impresión que me dejó fue lo suficientemente brutal como para no acercarme nunca más a él. No que no recomiendo su lectura; creo que es un libro obligado para constatar que ciertas éticas que se presumen perversas no son más que juegos eróticos un tanto infantiles. Su lectura confirmó mi atracción hacia *Justine*, que tiene justeza en su prosa, unidad de tensión de los sucesos, un ritmo único, difíciles de superar, pues la casualidad es un tema que sólo ha podido regenerar con destreza Bioy Casares con la novela *El sueño de los héroes*.

No sé si celebrar haber leído a Sade en la adolescencia, pero, como hecho está, asumo que respecto de perversiones poco me conmueve hoy; ni el *performance* más sanguinario, pues. Es un cuento el que releo sistemáticamente: "Tu más profunda piel" de Cortázar, donde la fuerza del erotismo va acompañada de una fuerte y apasionada dosis de poesía y, por si fuera poco, de amor. Mi gratitud al gran cronopio, quien me enseñó que se puede ser frontal con el erotismo sin llegar a la brutalidad de los *120 días...* Gracias al *Ja-já*, a las fotos borrosas del *Cine Río* y, en especial, a la gitanita quien, con los ya muchos años, se ha vuelto nostalgia y ternura frente a las jóvenes ombligueras que transitan, con ingenuidad, ante mi vista cansada. **U**